



Erasmus Zarzuela

Instantes

Si pudiera vivir nuevamente mi vida, en la próxima trataría de cometer más errores. No intentaría ser tan perfecto, me relajaría más. Sería más tonto de lo que he sido, de hecho tomaría muy pocas cosas con seriedad. Sería menos higiénico. Correría más riesgos, haría más viajes, contemplaría más atardeceres, subiría más montañas, nadaría más ríos. Iría a más lugares a donde nunca he ido, comería más helados y menos habas, tendría más problemas reales y menos imaginarios.

Jorge Luis Borges



el duende

director: luis urquileta m.
 consejo editor: alberto guerra g.
 edwin guzmán o.
 benjamín chávez c.
 erasmus zarzuela c.

coordinación: julia garcía o.
 diseño: david ángel illanes

casilla 448 telef. 5254855 - 5276816
 e-mail: oruduende@latinmail.com



Zona Franca Oruro S. A

HUMOR Y EROTISMO EN LA OBRA DE BOCCACCIO

-El Decamerón- de Giovanni Boccaccio es, sin lugar a dudas, la primera obra en que la prosa italiana sienta las bases del moderno arte de novelar, no sólo porque logra elevarse a la altura de una verdadera creación estética, sino, además, porque es un manual de urbanidad que enseña a contar buenas historias eróticas, con mesura y elegancia, y a escucharlas con dignidad y entusiasmo, o con esa pasión ácida y encarnizada de quienes gustamos de la prosa erótica, mientras otros sueñan en el retorno del puritanismo y la prohibición.

-El Decamerón-, al igual que los -Versos Satánicos- de Salman Rushdie, despertó encendidas controversias entre los lectores de su época y desató las iras del Vaticano, cuyo dogma se encontraba a caballo entre el ocaso de la Edad Media y los albores del Renacimiento.

No obstante, -El Decamerón-, a pesar de haber sido considerado un libro que atentaba contra las buenas costumbres ciudadanas, logró romper los cercos de la censura y circular entre los nobles y aficionados a las lecturas eróticas. Por eso, quizás, su influencia se dejó sentir tardíamente en el contexto de la literatura europea, porque Boccaccio estuvo inmerso en la redacción de su obra entre 1349 y 1351, a petición de la hija y esposa del rey de Nápoles, quienes a pesar de ser tenidas por damas honestas y recatadas, gozaban con la lectura de las narraciones licenciosas que brotaban de la magistral pluma de Boccaccio.

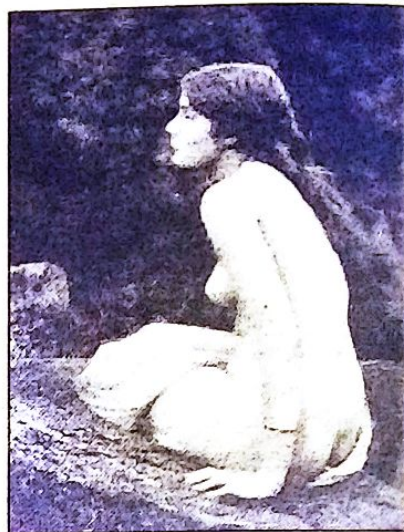
Otro aspecto relevante en -El Decamerón- es el manejo de la «lingua vulgare» (lengua vulgar), que por primera vez marcó un precedente importante en la prosa escrita en romance, pues lo que Dante o Petrarca hicieron en verso, Boccaccio lo hizo en prosa, enfrentándose a los moralistas y «lectores letrados», quienes le criticaron por haber usado el «latín vulgar» y no el «latín clásico», culto o literario, en la elaboración de eso que llamaron «La comedia humana», en contraste con «La divina comedia» de Dante. Empero, como Boccaccio quería llegar al corazón del pueblo con el lenguaje que hablaba el pueblo, dejó de interesarse por la crítica y siguió escribiendo en latín vulgar, que era una suerte de sociolecto usado por la soldadesca, los comerciantes y la gente de la calle. Todo esto, quizás, porque estaba consciente de que el lenguaje es algo tan vivo como la gente, o como dice Ernesto Sábato: «Esas obras que tratan de seres humanos, vivientes y sufrientes, se hacen con sangre y no con tinta, con las palabras que se mama, se vive, se sufre, se quiere, se enfurece y se muere...»

Como quiera que fuere, -El Decamerón- constituye una serie de cien narraciones puestas en boca de tres gentiles hombres y siete mujeres de luto, quienes, huyendo de la terrible peste que asoló Florencia en 1348, decidieron refugiarse en una casa de campo, sobre una loma que dominaba un pequeño valle, donde cada uno de ellos, a modo de pasar el tiempo, contaron una historia diaria, sentados en ruedo sobre las hierbas de un prado. De los diez turnos de las diez personas proviene el nombre de esta obra imperecedera que, para cualquier lector o cultor de la literatura erótica, es un punto de referencia que permite apreciar mejor el erotismo como género literario; pues sin -El Decamerón- sería más difícil comprender -El satiricón- de Petronio, -Juliette o las prosperidades del vicio- del marqués de Sade, -Madame Bovary- de Flaubert, -Ana Karerina- de Tolstói, -Historia del ojo- de Bataille, -Delta de venus- de Anaís Nin, -Lolita- de Nabokov, -Trópico de Cáncer- de Henry Miller, -El carnicero- de Alina Reyes, -Las edades de Lulú- de Almudena Grandes y -Los elogios de la madrastra- de Vargas Llosa. Y, desde luego, todo esto considerado una trivialidad al lado de los grandes textos asiáticos, que van desde los «Kama Sutra», hindú, hasta el «Tapiz de la plegaria de carne», chino.

Ahora bien, sin entrar en detalles sobre el tratamiento del lenguaje erótico, que en castellano resulta abrupto por ser un idioma poco apto para encantar este tipo de literatura (al margen de las perifrasis, metáforas y otras figuras de dición que se usan para expresar los aspectos más ocultos de la naturaleza y la condición humanas), voy a permitirle la libertad de sugerirles la lectura de esa historia de «El Decamerón» que, según Boccaccio, «a veces hacía sonrojar un poco a las damas y a veces las hacía reír». La historia relata las aventuras de Alibech (Noche 3ª., 10) la muchacha virgen que quiere hacerse anacoreta con el monje Rústico, quien, cansado ya de introducir su diablito en el infierno, se retira a un lejano desierto, donde vive dedicado al ascetismo.

Así pues, estimados lectores, estoy convencido de que la historia de Alibech, si bien no les provocará una explosión erótica, al menos les hará sonreír con ese sutil humor que supo explayar el gran maestro del arte de novelar.

VÍCTOR MONTOYA. Escritor boliviano.
 Reside en Estocolmo Suecia.



Claudio White. 1900